

TIEMPO DE BARRACAS

Ion Arretxe

Las barracas de feria.

Las barracas de feria aparecen como por arte de magia. Abres los ojos una mañana y ahí están las barracas.

Surgen sin anunciarse, como flores silvestres que, por sorpresa, cambian el color de los campos.

Y suele ocurrir que, una vez han sido descubiertas, nadie recuerda con precisión cómo era el lugar donde han crecido las barracas. Apenas si acertamos a describirlo, salvo con inciertas vaguedades, porque el lugar que eligen para aparecerse es siempre un lugar vago, un sitio escondido, una tierra de nadie.

Y enseguida nos preguntamos: ¿de dónde han venido las barracas?

Las barracas de feria vienen de fuera, si es que vienen. Que también pudiera ser que siempre hayan estado ahí, calladas y ensimismadas, ausentes.

A las barracas de feria llegamos peregrinando sin instalarnos en ellas, como solemos hacer en las romerías, donde nos quedamos hasta que el sol se pone; de donde regresamos con la certeza de algo cumplido, muchas veces una promesa.

A las barracas se llega, se pasa por ellas, paseando, dejándose seducir, cediendo poco a poco a sus encantos, sin cumplir del todo con ellas, dejando abierto el trato. Y así, después, se regresa.

Hay barracas que giran, barracas que rifan, y barracas que exhiben. También las hay donde medir nuestras fuerzas y ciertas habilidades. Y además, como en un mundo aparte, están los autos de choque.

Barracas que giran.

El movimiento circular de algunas barracas de feria es, a un mismo tiempo, continuo y discontinuo.

En su continuidad esconde la amenaza de resultar insostenible, inconcebible, eterno. Gracias a su discontinuidad el giro se rompe según un ritmo que lo descompone en vueltas: una vuelta más, y otra, y otra.

Sin ritmo, el tiempo se desvanecería en un bostezo aburrido y soporífero. Los niños y niñas sobre sus caballitos, distinguen las vueltas, unas de otras, cada vez que saludan a sus padres que, inmóviles en tierra firme, son indicio del principio y final de cada giro.

Y en el tren chu-chú, donde la mitad del viaje circular sucede en el misterio del túnel, y la otra mitad en la luz, el ritmo crea una alternancia tan simple como la que apreciamos entre el día y la noche.



El ritmo salta sobre el tiempo que discurre huidizo. Y a su vez, el tiempo parece saltar con cada golpe del ritmo. El tiempo no pasa, el tiempo empieza. Es el cuento de nunca acabar, el que siempre regresa al principio.

Barracas que rifan: tómbolas.

La rifa, a diferencia del sorteo, tiene el don de la inmediatez.

La rifa no necesita intermediarios. Se hace de tú a tú.

La rueda de la fortuna gira a la vista de todos, tan inocente como la mano que la detiene.

La suerte, tan enigmática siempre, queda libre de misterios y se muestra cercana en la rifa.

La suerte imprime carácter y distingue a sus elegidos con una señal inequívoca, el premio.

Cuantos lucen con orgullo su muñeca cochona, su perrito piloto o su garrota de caramelos, crean a su alrededor un círculo enmudecido de admiración y respeto.

Barracas que exhiben.

Suelen tener las barracas gran poder de convocatoria, y una manera muy propia de decirlos: pasen y vean. Y sobre todo las que exhiben, o más bien las que exhibían



monstruos de feria. Los monstruos de feria eran seres fenomenales, tan peculiares y extraños en su condición que estaban más allá de los conocimientos y razones propios de la ciencia.

Seres indefinidos, indeterminados, casi seres, imposibles de clasificar en ninguna categoría de las posibles. Criaturas sin otra explicación que la que alumbraban sus nombres: la mujer barbuda, la mujer serpiente, el hombre elefante.

Los monstruos de feria despertaban la admiración y la piedad de quienes los contemplaban. Piedad que es la más inmediata forma de trato con alguien que no pertenece a nuestro mismo plano vital. Piedad ante un ser que es y no es: un ser humano que no es del todo humano porque es también, además, elefante o serpiente.

Los monstruos de feria son el monstruo. Se presentan solos, como casos únicos, sin relaciones de parentesco, familia o especie. Por eso no tienen dónde huir, ni a quién acudir, porque no tienen semejantes. Sobre esta radical soledad se construyen las barracas que albergan, exhiben, y explotan a los monstruos en las ferias.

Barracas de fuerza y barracas de habilidad.

A este tipo de barracas de tamaño más íntimo y recogido se les suele llamar casetas, y casetas de tiro cuando la habilidad que entra en juego es la puntería. Donde se

pone el ojo hay que poner la bala, el balín, la pelota de trapo o el dardo, y derribar un muñeco, partir en dos un palillo o dejar marca en una diana.

Las casetas de tiro dividen el mundo en dos: el exterior, donde se sitúa quien paga y dispara; en el interior, donde se amontonan los palillos, los premios y los dueños de las armas. Un mostrador de madera delimita los dos mundos, y fija convencionalmente la distancia reglamentaria: la posición de la línea de fuego.

Con menos habilidad que suerte, se asoma uno al estanque de los patos, y blandiendo una caña roba más pesca; o pesca al robo, que también es arte de pesca. Y los patitos, aunque se ofrecen iguales, esconden en su barriga su valor secreto. Acertar en la elección: así de simple es el juego.

En las afueras de la feria, marginados de puro viejo, uno se encuentra con los juegos de fuerza en los que se juega por jugar, por aceptar el envite y el reto.

Impulsar un patinete de hierro, en cuya cabeza hay una carga de pólvora, para que ascienda por una estructura en espiral y llegando a lo más alto explote, es jugar por jugar. Éste es un juego con vocación de juego: lúdico y desinteresado.

Los autos de choque.

En la pista de autos de choque, la única línea posible entre dos puntos es la curva. La línea recta ni siquiera entra en juego. Es la única regla establecida, la que prohíbe chocar de frente. Los autos de choque se desenvuelven ligando series de curvas, trazando ochos como cuando intentamos dibujar el infinito.

En la pista de autos de choque se establece una lucha de todos contra todos, o de nadie contra nadie, que es lo mismo.

La pista rectangular es un suelo sagrado que apenas nos atrevemos a pisar.

* * *

Las misteriosas barracas de feria, con artes de fascinación y encantamiento, nos seducen ritualmente cada año, y así todos los años. Toda la vida. Las barracas de feria aparecen y desaparecen como por arte de magia, y sin embargo cuántos hombres y mujeres hacen posible el milagro.

